

De un Martirio en Vida

EL MERC.
10.02.74
J.F.

Por JAIME GUZMAN E.

"Nunca podrá perdonarse lo que el comunismo le ha hecho a la Iglesia. Cada uno de los individuos participantes debe ser perdonado. Pero no el sistema. La diferencia es importante".

La frase pertenece al Cardenal Josef Mindszenty, hasta hace algunos días Arzobispo de Esztergom y Primado de Hungría. Sintetiza la concepción de un hombre que, con su ejemplo, se ha constituido en un testimonio dramático de martirio en vida. Cuando por una decisión papal se le ha relevado del cargo que ocupara durante casi treinta años, resulta imposible no decir en torno a él una modestísima pero sobrecogida palabra de gratitud y homenaje.

Condenado a cadena perpetua por el Gobierno comunista de Hungría en 1948, el Cardenal Mindszenty fue liberado por los dirigentes de aquel movimiento que, presidido por un signo cristiano y nacionalista, y robustecido por un sello juvenil, intentó liberar a Hungría en 1956. El pueblo húngaro, con razón, sintió a su Pastor como la cabeza moral de ese heroico alzamiento. Pero, como otras veces en la historia de los pueblos europeos sojuzgados, el movimiento de liberación fue aplastado por los tanques soviéticos que restituyeron en toda su violencia la tiranía marxista-leninista. Difícilmente, el Cardenal Mindszenty alcanzó a sortear el inminente asedio físico de las tropas extranjeras, asilándose en la Legación de los Estados Unidos.

Allí se quedó, con la intención de no abandonar jamás su patria sometida. Desde allí quiso ser el testimonio supremo y acusador de la Iglesia del Silencio. El mundo contempló con emoción cómo pasaban los años, y el Cardenal Primado de Hungría continuaba recluido a una habilitación dormitorio, a un pasillo de pocos metros y a un pequeño patio al cual salía diariamente a tomar algo de aire y de sol. Meditase en lo que significan 15 años sin otro horizonte material que el descrito. Y decimos quince años, porque después de solicitudes cada vez más insistentes y apremiantes del Vaticano para que se alejara de Hungría, que el Cardenal Mindszenty había rechazado una y otra vez, en 1971 hubo finalmente de acceder a la última de ellas, y partió así hacia la Santa Sede. Pero su intención personal era la de permanecer en su tierra, hasta el día mismo de su muerte. Tanto que en 1972 viajó desde Roma hasta Viena "para estar más cerca de su patria".

La figura del Cardenal Mindszenty ha sido el símbolo de lo que los comunistas más odiaban y odian en el mundo: la insoportable intransigencia del espíritu, en la lucha en contra de su totalitarismo ateo. La actitud del prelado se convirtió, además, en la antítesis de quienes buscaban y buscan un acercamiento doctrinario entre marxismo y cristianismo. Y últimamente, su postura se hizo intolerable para los que, como Palme, Brandt, Kennedy o ciertos dirigentes del Gobierno italiano, aplauden o auspician en nombre del "progresismo" un entendimiento o diálogo político entre demócratas y comunistas.

Para esta nueva ola que con ingenua alegría cree encontrar bases sólidas de paz confiando en quienes, por estructura moral, jamás se han sentido obligados a respetar

ni compromisos asumidos ni palabras empeñadas, la conducta del Cardenal Mindszenty aparecía como "antiguada", "ultra" o "exagerada". Para los chilenos, que en camino recorrimos en toda su extensión el camino del "diálogo" democrático con el comunismo, que sufrimos hasta el borde del abismo la experiencia de su nueva versión "pacifista", "humanista" y "pluralista", el juicio es muy diferente. Después de brindarle al marxismo-leninismo todas las ventajas y posibilidades de una democracia, Chile ha decidido combatir militantemente en contra de él, y excluirlo de la vida cívica. Mientras ciertos países que se creen avanzados van recién de ida, nosotros venimos ya de vuelta. Por eso, una actitud como la del purpurado húngaro nos parece encomiable por su realismo y su tenacidad. Sabemos que se podrá perdonar a los hombres, a cuyo interior hay que apelar en un esfuerzo de unidad nacional, pero que jamás se podría disculpar ni condescender hacia el sistema que destruyó grave y deslealmente a Chile, ni dejar de combatir en contra de los que persistan en sustentarlo.

Estamos ciertos que la decisión del Papa Paulo VI de relevar al Cardenal Mindszenty de su cargo arzobispal no obedece al pago de un precio exigido por el Gobierno comunista de Hungría, para liberalizar las restricciones ilegítimas impuestas por éste a la Iglesia Católica, como han dado a entender ciertos cables y comentarios internacionales. Aquí hay en juego principios, y sería inferirle al Papa una real injuria el suponerlo negociando principios. Tenemos que entender, por tanto, que la determinación papal —como fluye de los voceros oficiales vaticanos— fundamentalmente responde a necesidades internas de la Iglesia en Hungría y, más precisamente, el deseo de no dejar al Arzobispo de Esztergom sin un titular en ejercicio activo por más tiempo. Y aunque el Papa sólo está dotado de infalibilidad cuando define cuestiones de fe o de moral "ex cathedra", esto es, haciendo uso de su autoridad apostólica y con la intención de obligar a la Iglesia universal, lo que obviamente no cubre el caso que comentamos en estas líneas, su facultad de gobernar la Iglesia obliga siempre a la obediencia, y exige presumir una ilustración y ponderación de los antecedentes en juego, superior a todas nuestras posibilidades.

Con todo, el Cardenal Mindszenty se negó a renunciar voluntariamente, acaso pensando en que poseía una fuerza incomparable desde un silencio que simbolizaba la trágica opresión de millones de cristianos tras la cortina de hierro. Desde un silencio que encerraba más lecciones y elocuencia que mil palabras, y que fructificaba en fuerzas para su grey a través del ascetismo, la penitencia y la oración. Por eso es que su testimonio de estos últimos 25 años seguirá iluminando nuestras mentes y fortaleciendo nuestras voluntades para siempre. Porque es cierto que para morir como héroe o como mártir, se necesita de la ayuda divina y del coraje personal en grado sumo. Pero la resolución de vivir el heroísmo y el martirio día a día, sin lamentos de debilidad, es aún más difícil. Es patrimonio únicamente de los elegidos.